

Contrato de solidaridad con los campesinos del Tercer Mundo

JACQUES CHONCHOL*

URGENCIA DE DESARROLLAR LAS AGRICULTURAS DEL TERCER MUNDO

Desde hace algunos años en el problema de la agricultura de los países del Tercer Mundo se advierten dos nuevas ideas que se abren paso paulatinamente, aunque no siempre se perciban todas sus consecuencias.

Por una parte, el problema de la subalimentación y del hambre permanente de muchos centenares de millones de personas en los países subdesarrollados, así como las nuevas necesidades alimentarias, ligadas al crecimiento de la población, carecerán de solución si dichos países no se esfuerzan por acelerar la tasa histórica de crecimiento de su producción alimentaria.

Por otra, para resolver el problema de la miseria y del subconsumo de numerosas capas de la población del Tercer Mundo no basta con acelerar el crecimiento de la producción y de la productividad agrícolas; es necesario, además, transformar simultáneamente tanto las estructuras del mundo rural tradicional como las actuales formas de modernización agrícola impuestas por el mercado internacional.

Estas nuevas ideas podrían sintetizarse en dos fórmulas:

1) No habrá un desarrollo general más rápido y equilibrado en los países del Tercer Mundo sin un mayor crecimiento agrícola.

2) La revolución verde sin reforma agraria conduce a la sociedad a un callejón sin salida, siempre más grave, y a acentuar las desigualdades, de por sí considerables, de las poblaciones del Tercer Mundo.

Para aquellos que se dedican a los problemas del desarrollo, como son los organismos internacionales, los institu-

tos de investigación, los sociólogos, agrónomos o economistas, cada día es más evidente la profunda verdad que se esconde en esas dos fórmulas, aunque aún la ignoren los responsables políticos.

En 1975, los países desarrollados, capitalistas y socialistas, con 28% de la población mundial, 11% de la fuerza de trabajo rural y 44% de las tierras agrícolas, tenían 57% de la producción agrícola mundial. Frente a ellos, los países subdesarrollados, con 72% de la población mundial, 89% de la fuerza de trabajo rural y 56% de la tierra agrícola, no producían más que 43% del total. En consecuencia, si se considera también el comercio internacional de los productos agrícolas, quienes viven en los países desarrollados —menos de la tercera parte de la población mundial— disponen de cerca de las dos terceras partes del consumo alimentario, mientras que los habitantes de los países del Tercer Mundo —72% de la población del planeta— sólo disponen, para satisfacer sus necesidades, de poco más de una tercera parte de los alimentos.¹

Estas cantidades demuestran, por sí mismas, la urgencia de un crecimiento más rápido de la producción y de la productividad agrícolas —sobre todo de productos alimenticios— en los países del Tercer Mundo. La necesidad de acelerar la tasa histórica de crecimiento de la producción alimentaria se hace más evidente si se considera: 1) el crecimiento demográfico (la ONU estima que en el período 1975-1980 la población de los países subdesarrollados aumentará a una tasa anual media de 2.4%, contra 0.9% en los países desarrollados); 2) los niveles de subconsumo alimentario de numerosos grupos de habitantes de los países del Tercer Mundo (2 200 calorías diarias por término medio y por persona, contra 3 200 calorías para los países desarrollados, con diferencias de consumo a causa de que la

* Ministro de Agricultura de Chile durante el gobierno constitucional del presidente Salvador Allende. Profesor del Instituto de Altos Estudios para América Latina, de París. [Traducción del francés de Graciela Phillips.]

1. Véase el artículo de K.C. Abercrombie, director adjunto de la División de Análisis de las Políticas Agrícolas de la FAO publicado en 1975 por el Instituto de Desarrollo, de Viena, con el título "The international division of labor and of benefits in food and agriculture".

desigualdad de la distribución del ingreso es mucho mayor en los países subdesarrollados), y 3) las permanentes dificultades en la balanza de pagos de todos esos países, con excepción de los que pertenecen a la OPEP.

Empero, este crecimiento de la producción alimentaria no basta por sí misma para resolver los problemas de la miseria y de la subalimentación en los países del Tercer Mundo. Según la Oficina Internacional del Trabajo, de los 1 815 millones de personas de Asia, África y América Latina que vivían en 1972 en los países subdesarrollados de economía de mercado, 1 210 millones —las dos terceras partes— estaban en una gran pobreza, y más de la mitad de estos últimos —706 millones—, en una situación de indigencia debido al desempleo, el subempleo y los exiguos ingresos.² Una gran parte de la población pobre o indigente es campesina (campesinos sin tierras o pequeños agricultores). Dadas las características de una economía de mercado, si estos campesinos no aumentan sus ingresos no pueden comer mejor, incluso si la producción alimentaria aumenta de manera significativa. Así, pues, lo que debe cuestionarse es el problema del desarrollo rural en su conjunto y los medios de realizarlo. La experiencia demuestra que muchos avances técnicos y de productividad, obtenidos en diferentes países durante los últimos años, no han mejorado las condiciones de vida de los campesinos pobres. Con demasiada frecuencia no han hecho más que empeorarlas. Por otra parte, es imposible erradicar la miseria de los campesinos sin sacudir las estructuras tradicionales de la propiedad raíz para darles acceso a la tierra, al trabajo y al ingreso.

Lo anterior nos permite comprender la importancia fundamental de las nuevas ideas sobre el significado de la agricultura y sobre la idea del desarrollo rural; con base en ellas se debe examinar *la posibilidad de un contrato de solidaridad*, en el cual deben participar países, gobiernos, organizaciones o grupos que quieran aportar "ayuda", así como los campesinos, cuya necesidad de mejorar su propia condición es de extrema urgencia.

Un contrato de solidaridad referente al desarrollo rural no puede concebirse únicamente como un compromiso entre gobiernos, entre organizaciones internacionales y gobiernos o, en general, entre responsables de países e instituciones. Dicho contrato debe comprender a la mayor parte de la población rural interesada y, sobre todo, de la población rural mayoritaria, puesto que en los más de los países del Tercer Mundo existen fuertes contradicciones, tanto en el seno de la población rural como entre los habitantes de las zonas urbanas y los de las zonas rurales.

En el mundo rural surgen frecuentes oposiciones entre los intereses de los grandes propietarios de la tierra, los comerciantes y los usureros, por una parte, y los de los campesinos, por otra. En las relaciones entre las ciudades y el campo también es frecuente la oposición entre las políticas de los gobiernos que emprenden esfuerzos de industrialización forzada, en gran parte financiados mediante el excedente obtenido del sector agrícola, los intereses de los consumidores urbanos que quieren reducir el costo de la vida, los

de los monopolios comerciales y las necesidades de ingreso de los campesinos.

Para que un contrato de solidaridad tenga resultados positivos, habida cuenta de esas contradicciones y oposiciones, debe asegurar la participación real de las mayorías campesinas en el esfuerzo de desarrollo. Estas deben sentirse la causa fundamental de dicho esfuerzo, lo que supone considerar, fundamentalmente, las aspiraciones, las necesidades y los intereses de esas mayorías campesinas. Así, hay dos condiciones esenciales para que sea posible el éxito de un contrato de solidaridad que permita el desarrollo rural.

EL CONTRATO DE SOLIDARIDAD PARA EL DESARROLLO RURAL. LOS PARTICIPANTES Y SUS OBLIGACIONES

En un contrato de solidaridad debe haber tres participantes: el gobierno del país en donde se realizará el esfuerzo de desarrollo rural,³ los gobiernos o instituciones que donarán la ayuda y las mayorías campesinas del país o de la región de que se trate. Con frecuencia, y sobre todo en un principio, no será fácil encontrar representantes de la tercera parte. La falta general de organización de los campesinos pobres, su dependencia de los personajes poderosos, su dispersión, etc., son factores que dificultarán su representación nacional o regional. En el ámbito local (aldea, comuna, región pequeña) será sin duda más fácil encontrar representantes siempre que se eliminen los pequeños potentados que viven de la explotación de los campesinos. Algunas veces, incluso, sobre todo al principio, será difícil abrir paso a esta representación local sin un esfuerzo previo de organización de los campesinos en sindicatos, ligas, cooperativas u otras formas. Empero, aun considerando estas dificultades, la participación de los campesinos es esencial y aumentará rápidamente si desde el principio se persigue un desarrollo en beneficio de ellos.

A cada uno de esos participantes corresponderán obligaciones en el contrato. Cada quien obtendrá, asimismo, los beneficios: para los campesinos, un mejor nivel y mejores condiciones de vida; para el gobierno, los beneficios directos e indirectos de un mayor desarrollo rural nacional; para los donadores de ayuda, además de la satisfacción moral que justificará sus esfuerzos, los beneficios de una mejor relación internacional entre países y pueblos, como consecuencia de la disminución de las desigualdades, del crecimiento de los mercados, etcétera.

En estas páginas consideraremos, sobre todo, las obligaciones que deben constituir el cuerpo esencial del contrato y la dirección hacia donde debe dirigirse el conjunto de esfuerzos. No es fácil, por cierto, generalizar ese conjunto de obligaciones sin referirse a situaciones concretas. Sin embargo, con base en múltiples experiencias y observaciones de la realidad rural de los países del Tercer Mundo, es posible

3. Pueden ser también los gobiernos si hay varios países interesados. De la misma manera, el contrato debe incluir a las autoridades regionales si se trata de un país en donde dichas autoridades tengan cierta autonomía. Asimismo, en muchos países deberán participar también los partidos políticos que ligen al gobierno con la masa campesina o que defienden los intereses campesinos, así como las organizaciones nacionales representativas de los trabajadores.

2. OIT, *L'emploi, la croissance et les besoins essentiels*, Ginebra, 1976.

entresacar aquellas obligaciones que pueden ser de amplia aplicación.

Es evidente, por ejemplo, que los problemas de la tierra no son de la misma naturaleza en los países de Asia, África y América Latina. Asimismo, hay diferencias importantes entre los países de una misma región. Es cierto, también, que las tradiciones aldeanas o las características de las comunidades rurales son con frecuencia diferentes. Sin embargo, más allá de esas diversidades es posible encontrar en todas partes determinado número de problemas comunes que, con soluciones diferentes, aparecerán en cualquier contrato de solidaridad para el desarrollo rural. ¿Cuáles son esos problemas comunes? Creemos que se pueden resumir en torno de cinco proposiciones esenciales:

1) Acrecentar la importancia real del desarrollo rural en el conjunto de los esfuerzos nacionales de desarrollo y orientarlo, sobre todo, hacia la satisfacción de las necesidades alimentarias básicas de la población.

2) Mediante las fórmulas más apropiadas para cada situación específica, favorecer el acceso a la tierra de los campesinos desposeídos o que dispongan de extensiones insuficientes.

3) Cambiar los sistemas actuales de comercialización en la agricultura a favor del mundo campesino.

4) Procurar el aumento del empleo productivo en las regiones rurales mediante una política tecnológica de utilización de los recursos y de industrialización a la altura de los problemas sociales que existen actualmente en los campos del Tercer Mundo.

5) Mediante una política de formación adecuada y de organización del mundo campesino, otorgarle una participación activa en su propio esfuerzo de desarrollo, que deberá ser global, no solamente centrado en los aspectos productivos y técnicos, sino en el conjunto de las condiciones de vida del mundo rural.

Examinaremos rápidamente las consecuencias de cada uno de estos planteamientos:

1) *Acrecentar la importancia de lo rural en los esfuerzos nacionales de desarrollo y orientarlo, sobre todo, hacia la satisfacción de las necesidades alimentarias básicas.*

Esta proposición contiene dos ideas motrices. Los países del Tercer Mundo deberán ser conscientes de que en el futuro será necesario conceder más importancia al desarrollo rural de la que se le ha dado hasta el presente. La mayor parte de ellos ha vivido desde el final de la segunda guerra mundial bajo el mito de que la industrialización resolvería todas sus dificultades, que sería, por sí misma, el factor dinámico por excelencia, capaz de resolver todos los problemas del desarrollo, de empleo, de independencia nacional, etc., y que después seguiría la agricultura. Con frecuencia se ha considerado a esta última como una reserva de mano de obra barata para la industrialización y como un sector en donde era necesario obtener, ya sea directamente o mediante las exportaciones agrícolas, el excedente necesario para el financiamiento de la industrialización. No se le ha consi-

derado como el mercado natural de las producciones nacionales industriales, puesto que éstas se reservaban, sobre todo, para el desarrollo urbano. Se pensaba que, una vez logrado el desarrollo industrial, conduciría a una rápida recuperación del sector agrícola y al aumento del nivel de vida de las masas campesinas que, por otra parte, habrían disminuido mucho en términos relativos dentro de la población total como consecuencia de los nuevos empleos directos e indirectos creados por la industrialización.

Este planteamiento, sencillo y claro, ha resultado, conforme a la experiencia, en gran parte falso. El desarrollo industrial tiende a frenarse a la vez por la insuficiencia del mercado interno (del cual está excluido, en gran parte, el mundo rural) y por las dificultades del mercado externo (salvo para unos cuantos productos de la industria ligera que pueden exportarse a los países industrializados gracias a los bajos salarios de la mano de obra local y que, incluso actualmente, tiende a frenar el proteccionismo de los países industrialmente avanzados). El problema de la ocupación no se ha resuelto, puesto que los nuevos empleos productivos, creados por una industrialización cada vez más costosa desde el punto de vista de la tecnología⁴ han conducido a la existencia simultánea de un inmenso subproletariado urbano que vive en la miseria, subocupado en los servicios inferiores o en el desempleo. Finalmente, todo eso ha conducido a aumentar la dependencia externa de los países del Tercer Mundo. En la actualidad, por su subordinación tecnológica, por el déficit de su balanza de pagos y por los nuevos hábitos de consumo (creados artificialmente, con frecuencia), estos países están cada día más sujetos a los capitales transnacionales y al poder de los grandes países industrializados, incluso para comer, puesto que la dependencia alimentaria del Tercer Mundo con respecto a los países industrializados se acentúa en forma progresiva. En 1960 los países de África, Asia y América Latina tenían un déficit global de cereales de 19 millones de toneladas métricas. Dicho déficit era de 38 millones en 1970 y de 60 millones de toneladas en 1976 y se cubre mediante importaciones provenientes, sobre todo, de Estados Unidos, Canadá y Australia.⁵

Frente a esta situación, los países del Tercer Mundo deben reinventar radicalmente su política económica. Sin renunciar necesariamente a cierto tipo de industrialización, adaptado a sus necesidades y a sus posibilidades reales, deben intensificar su desarrollo agrícola. Esta reorientación de la economía, dando prioridad a la agricultura, constituye la primera obligación de un gobierno del Tercer Mundo en un contrato de solidaridad. Empero, semejante compromiso requiere, simultáneamente, decidir el tipo de crecimiento de la agricultura, y aquí volvemos a encontrar la segunda idea motriz de esta primera proposición. Hasta ahora, la mayor

4. "Hacia 1800 se requerían de seis a ocho meses de salario para pagar las inversiones necesarias para dar trabajo a un obrero. Hoy se requiere un promedio de 30, pero 30 meses de salarios de obreros de países industrializados, es decir, cerca de 500 meses de salario en los países subdesarrollados". Jacques Ciri, "La porte étroite de l'industrialisation du Tiers Monde", en *Techniques et développement*, julio-agosto de 1973.

5. Lester R. Brown, *The politics and responsibility of the North American breadbasket*, Worldwatch Paper núm. 2, Worldwatch Institute, Washington, 1975.

parte de los gobiernos ha favorecido, sobre todo, a la agricultura de exportación, en detrimento de la agricultura alimentaria para el mercado interno. Las tierras mejores, el riego, los esfuerzos de "tecnificación" y de capitalización en las empresas agrícolas, la infraestructura para el comercio y el transporte, la organización de los mercados, se han centrado, sobre todo, en los productos de exportación. Este era, efectivamente, el mejor medio de obtener los recursos externos para importar. Además, pese a las incertidumbres y fluctuaciones de los precios, se trataba de mercados solventes. Finalmente, mediante los cultivos de exportación el campesino se introducía también en una economía de mercado, gracias a la cual, mediante el impuesto pagadero en especie, los bajos precios para el productor y la obligación de comprar insumos para el cultivo, se podía extraer con mayor facilidad el excedente para financiar el presupuesto del Estado, las necesidades de las ciudades y los intereses del capitalismo extranjero y nacional.

Dentro de una nueva perspectiva, que requeriría de una segunda obligación para los gobiernos de los países del Tercer Mundo en el contexto de un contrato de solidaridad, éstos deberán cambiar la importancia relativa concedida a su agricultura de exportación y a su agricultura alimentaria y darle prioridad a esta última. Ello no los obligará a abandonar su agricultura de exportación, sino a redefinir su papel en el comercio exterior y su función en el desarrollo del país. De cualquier manera, la agricultura de exportación encontrará cada día menos salidas hacia los mercados tradicionales (Europa y América del Norte) debido a la débil tasa de aumento de la población en esos países, al alto nivel de consumo ya alcanzado y a los sustitutos industriales de las materias primas agrícolas. A medida que aumentan la incertidumbre o las dificultades de la balanza de pagos, el endeudamiento externo, el subconsumo alimentario de las grandes masas campesinas y urbanas, las dificultades de comunicación, de transporte y de almacenamiento en el interior y el exterior, mayor deberá ser la importancia nacional y regional que se otorgue a la agricultura alimentaria. Deberá buscarse un alto nivel de seguridad alimentaria interior que permita enfrentarse al rápido crecimiento de la población y de las necesidades de consumo alimentario por habitante, así como a la inseguridad del abastecimiento exterior proveniente de las dificultades económicas y políticas.

En consecuencia, esta proposición requiere de una doble obligación a la que deberán comprometerse, en un contrato de solidaridad, los gobiernos de los países del Tercer Mundo que busquen mejorar de verdad la situación de sus poblaciones y la autonomía política y económica de sus países.

2) *Favorecer el acceso a la tierra de los campesinos desposeídos o con extensiones insuficientes.*

Esta es la segunda obligación que deberán adoptar los países del Tercer Mundo en un contrato de solidaridad para el desarrollo rural. Deberán adoptarse medidas más eficaces que las aplicadas en la mayor parte de los casos en la actualidad para favorecer el acceso a la tierra de los campesinos desposeídos o con extensiones insuficientes. Al mismo tiempo, y principalmente cuando no sea posible una gran redistribución de la tierra, el Estado deberá otorgar seguridad

de tenencia a aquellos que la cultivan de manera precaria y facilitar la organización de quienes continuarán como trabajadores sin tierra para que puedan negociar mejores condiciones laborales y de salarios.

Esas son las condiciones esenciales de un aumento general de la producción y de la productividad agrícolas. Si en forma paralela se logra una mejor distribución de los ingresos en el sistema rural, es posible encaminarse hacia la solución del problema del hambre y de la subalimentación en el mundo.

Se sabe que hay correlación entre la desigualdad de la distribución de tierras en los países del Tercer Mundo y la situación de los ingresos, del empleo y de la productividad general del conjunto de los trabajadores. Al respecto existe una literatura muy extensa. Basta recordar, simplemente, algunos hechos. En América Latina "el 70% de la población agrícola sólo tenía en 1973 el 2.4% de las tierras cultivadas (fundamentalmente explotaciones de subsistencia), mientras que el 2% de esa población (los grandes terratenientes) controlaba 47% de las superficies cultivadas totales... Actualmente, tres cuartas partes de las mejores tierras agrícolas de América Latina pertenecen a grandes propietarios, mientras que 75% de la población cultiva tierras de mala calidad, en general a nivel de subsistencia".⁶

"En muchos países de Asia la propiedad rural se concentra, tradicionalmente, en manos de unas cuantas familias, mientras que una considerable proporción de la población rural está formada por pequeños locatarios o por obreros agrícolas sin tierras". Dada la densidad de la población rural, la limitación de las tierras disponibles y el hecho de que cerca de la mitad de las explotaciones existentes tienen menos de una hectárea,⁷ con frecuencia en tenencia precaria, muchos gobiernos asiáticos han adoptado medidas para regularizar las relaciones entre arrendatarios y propietarios⁸ y para limitar la propiedad de la tierra. Empero, la mayor parte de estas medidas han sido inoperantes hasta ahora debido a la resistencia de los terratenientes y a la incapacidad de los gobiernos nacionales o regionales para aplicar dichas políticas. Algunas veces la propia burocracia gubernamental ha obstaculizado las medidas para reformar el sistema de tenencia. Además, las medidas dirigidas a desarrollar la revolución verde que se aplicaron en el decenio de los sesenta (sembradíos con variedades de alto rendimiento, acompañados de la aplicación de abonos químicos y plaguicidas), con demasiada frecuencia condujeron a concentrar la propiedad en favor de las explotaciones grandes y medianas, transformando a los arrendatarios y aparceros en campesinos sin tierras. En la India, por ejemplo, mientras que de 1961 a 1971 el número de explotaciones agrícolas disminuía de 99.5 a 78 millones, el número de trabajadores sin tierras aumentaba de 31.5 a 47.5 millones.

6. FAO, *Développement de la petite agriculture*, Comité de la Agricultura, marzo de 1977.

7. OIT, *Mise en valeur des ressources humaines dans les régions rurales en Asie et rôle des institutions rurales*, informe de la VIII Sesión de la Conferencia Regional de Asia, Ginebra, 1975.

8. En el período 1960-1970 estaban en manos de locatarios o medieros 27% de las explotaciones en la India, 36% en Indonesia, 31% en Malasia, 43% en Paquistán, 54% en las Filipinas y 70% en Vietnam del Sur. Datos del Banco Mundial en *Reforme foncière*, "Politique sectorielle", 1975.

Dejando de lado los datos relativos a algunos países tales como Sudáfrica y Rhodesia, en donde la propiedad de las mejores tierras se concentra en manos de las minorías de origen europeo (tal como sucedía en las antiguas colonias portuguesas), encontramos en África negra el predominio de los sistemas de tenencia que se caracterizan por la propiedad colectiva, con una gran variedad de derechos de uso de las tierras por parte de las poblaciones campesinas, ya sea para cultivo o para ganadería.⁹ Empero, esto parece evolucionar rápidamente: la penetración capitalista tiende a modificar por todas partes las estructuras agrarias tradicionales, imponiendo diferentes tipos de economía de plantación con el desplazamiento de los cultivos alimentarios y la proletarianización de los campesinos.¹⁰ Por otra parte, la presión demográfica, la concentración de los mejores recursos de tierras y aguas en favor de la economía de plantación y los riesgos climáticos, provocan la migración rural hacia las ciudades, o mantienen a los campesinos en las tierras más inadecuadas para el cultivo. Asimismo, en las zonas áridas y semiáridas cercanas al Sahara se plantean serios problemas entre las comunidades pastorales y las sedentarias. En un contexto en parte distinto al de América Latina y Asia, se van agravando en África los fenómenos de marginación de los campesinos sin tierras y los de aumento de la pobreza de los que viven en tierras insuficientes y de mala calidad.

Todo ello demuestra que, tanto los sistemas tradicionales de propiedad de la tierra (como sucede en América Latina y en Asia) cuanto las fuerzas de modernización capitalista y de incorporación de la agricultura de esos países al mercado internacional o urbano (como sucede en todas partes), funcionan en sentido adverso a las masas campesinas que se convierten más y más en desposeídas o en tenedoras de tierras cada vez más pobres e insuficientes incluso para su subsistencia. Esto atañe, en forma muy negativa, a la posibilidad de aumentar los ingresos de esas masas que constituyen la mayoría de la población del Tercer Mundo o una parte importante de ella.

En consecuencia, los gobiernos de los países del Tercer Mundo deberán adoptar compromisos más decisivos en favor de la reforma agraria y las transformaciones sociales que benefician a las masas campesinas si desean lograr realmente el desarrollo rural y el progreso de los hombres que viven del trabajo en la agricultura. Esta es una de las obligaciones esenciales en un contrato de solidaridad entre los gobiernos, las instituciones de ayuda y las masas campesinas.

3) *Cambiar a favor del mundo campesino los actuales sistemas de comercialización en la agricultura.*

Los sistemas actuales de comercialización agrícola constituyen, tanto en los países capitalistas como en muchos de los países socialistas, el instrumento privilegiado para arrancar al mundo rural un excedente que favorece la acumulación del capital urbano, comercial e industrial. No son el único instrumento de esta política; con frecuencia se utilizan también impuestos (prediales y en especie) demasiado ele-

vados en relación con los ingresos de los pequeños agricultores, así como salarios muy inferiores a los urbanos que se pagan a los campesinos desposeídos y sin más recurso que transformarse en asalariados rurales. Empero, dichos sistemas son sin duda uno de los elementos más importantes en favor de la acumulación urbana. Y si esto es válido para los países industrialmente avanzados, lo es más para los países del Tercer Mundo en la medida en que se "moderniza" y "tecnifica" su agricultura, al incorporarse al mercado. Como lo señala con precisión Kostas Vergopoulos al analizar las ideas de Preobrayenski, "la acumulación del capital no requiere la 'racionalización' de la agricultura, sino la sumisión de la misma a la racionalidad del sector industrial".¹¹ Esto es evidente tanto en las economías capitalistas como en las economías de la mayoría de los países socialistas. El mecanismo de esta integración de la agricultura a los sectores industrial y urbano funciona mediante el desarrollo de la agricultura comercial o mediante la obligación de vender gran parte de su producción al Estado a los precios fijados por éste, por la modernización técnica y por el sistema comercial que une el conjunto de esas relaciones. En todo este proceso, los principales agentes, en los países del Tercer Mundo, han sido, por una parte, los gobiernos (mediante políticas de modernización agrícola y con frecuencia de fijación de precios) y, por otra, los grupos comerciales internacionales y nacionales, las agroindustrias y, cada vez más en los últimos decenios, las transnacionales agroindustriales.

Puede afirmarse, como señala Gonzalo Arroyo,¹² que la agricultura ya no tiende a ser una actividad fundamental de la economía sino "uno de los cuatro subsectores que abarcan el conjunto del proceso capitalista de producción y distribución agroalimentaria: la producción *hacia atrás* (bienes intermedios y bienes de capital), la producción agrícola (agricultura, ganadería y, quizá, pesca), la transformación industrial (industrias agroalimentarias) y la distribución *hacia adelante* de productos agroalimentarios (servicios de almacenaje, aprovisionamiento y distribución)".

Si, en ese proceso de integración, se calcula la distribución del producto entre los cuatro subsectores, la agricultura pierde cada vez más su importancia relativa. Debe pagar a precios en constante aumento los productos que requiere para su "tecnificación" para sostener su población, debido a la creciente complejidad de las tecnologías y a los mayores costos de distribución (superiores a los que se pagan en el medio urbano) de los productos de consumo que adquiere. Por otro lado, debe vender a precios relativamente inferiores sus producciones. Esto impele a los productores agrícolas que disponen de mayores recursos (empresarios grandes y medianos apoyados por las políticas de modernización de sus gobiernos) a aumentar su productividad. Esto lanza también a los pequeños agricultores con escasos recursos y a los campesinos desposeídos a una pobreza relativa, y algunas veces absoluta, cada vez más importante. Muchos de ellos no llegan a sobrevivir y se ven obligados a emigrar hacia las ciudades, hacia otras regiones o hacia otros países. Como

11. Samir Amin y Kostas Vergopoulos, *La question paysanne et le capitalisme*, Ediciones Anthropos-Idep, París, 1974.

12. Gonzalo Arroyo, *Capitalisme transnational et agriculture traditionnelle: formes d'intégration*, comunicación presentada en el Coloquio Internacional sobre las Transnacionales y la Agricultura en América Latina, Universidad de Nanterre, París, 1976.

9. Pierre Gourou, *L'Afrique*, Ediciones Hachette, París, 1970.

10. Samir Amin et al., *L'Agriculture africaine et le capitalisme*, Ediciones Anthropos-Idep, París, 1975.

resultado final, si los agricultores más ricos en tierras y en capital pueden modernizarse e incluso, para resistir el golpe, deben tratar de aumentar el tamaño de sus explotaciones, los pequeños productores y los campesinos desposeídos, que son la mayoría de la población rural, se ven acosados por la miseria, la marginación o la emigración.

Por consiguiente, sin la firme voluntad política de los gobiernos para cambiar esta situación (que ocasiona, por ejemplo, que en los países del Tercer Mundo las hambrunas afecten más a la población rural que a la urbana) y para desarrollar relaciones industriales y comerciales rurales-urbanas en un contexto distinto al actual, no habrá manera de asegurar un tipo de desarrollo que beneficie a la mayoría del mundo campesino. En esto radica una tercera obligación esencial para los gobiernos de los países del Tercer Mundo y para los países u organismos que deseen contribuir efectivamente a un desarrollo más armónico y equilibrado que atienda, sobre todo, a las necesidades esenciales de los más pobres.

4) *Aumentar el empleo productivo en las regiones rurales mediante una política tecnológica de utilización de recursos y de industrialización a la altura de los problemas sociales existentes.*

Aumentar el empleo productivo en los campos de los países del Tercer Mundo es actualmente una cuarta obligación esencial dentro de una estrategia de desarrollo que busque mejorar las condiciones de vida de las masas populares. Los lazos existentes entre desempleo, subempleo, ingreso insuficiente, subconsumo y miseria de enormes masas de hombres en el Tercer Mundo son demasiado evidentes para detenernos en su examen. Recordemos tan sólo que en 1975 había en los países subdesarrollados con economía de mercado casi 700 millones de trabajadores, de los cuales 283 millones (41%) estaban desempleados o subempleados. De éstos, 187 millones vivían en los países asiáticos, 63 millones en África y 33 millones en América Latina, y la mayoría —más de 80%— eran campesinos. Al principio dijimos que en esos mismos países 1 200 millones de personas —dos tercios de su población total— vivían en la pobreza y, entre éstos, 700 millones en la miseria, y que existía una gran relación entre el desempleo y el subempleo y la miseria. De ahí la importancia de crear un gran número de empleos productivos en las regiones rurales para mejorar las condiciones de vida de los campesinos.

Esto se vuelve más evidente si miramos el futuro. El crecimiento de la población y de la mano de obra en todos esos países se ha acelerado durante los últimos años. De una tasa anual de aumento de fuerza de trabajo de 0.6% entre 1900 y 1930 se ha llegado a una tasa de 2% entre 1960 y 1970 y es probable que este ritmo de crecimiento de la mano de obra esté a punto de acelerarse, incluso si el de la población tendiera a decrecer. "Según la hipótesis demográfica media considerada por las Naciones Unidas (que supone grandes reducciones de la fecundidad), la mano de obra de la totalidad de los países en vías de desarrollo (incluyendo China) aumentará en cerca de 75% entre 1975 y el año 2000". Como en los países de economía de mercado del Tercer Mundo la tasa estimada de crecimiento de la fuerza de trabajo entre 1975 y el año 2000 es de 2.7% por año, la

mano de obra que habrá de emplearse pasará de casi 700 millones de trabajadores en la actualidad a casi 1 400 en el año 2000, o sea, que esta fuerza de trabajo se duplicará durante los próximos 25 años. Y la mayor parte de estos trabajadores seguirá en el campo, en donde vive actualmente 80% de todos los desempleados y subempleados.

¿Cómo crear esos nuevos empleos, cada vez más necesarios en las regiones rurales, no sólo para disminuir la miseria y poner un dique a las hambrunas, sino también para evitar una creciente presión humana hacia las zonas urbanas, cada vez menos capaces de absorberla?

Será necesario, sin duda, recurrir a un conjunto de medidas complementarias relacionadas con el desarrollo de la producción agrícola y de la vida rural, que podríamos resumir de la siguiente manera: 1) aumentar las superficies cultivables y cultivadas; 2) pasar de sistemas de cultivo extensivo a sistemas más intensivos; 3) utilizar tecnologías que aumenten la productividad sin disminuir el empleo; 4) desarrollar sistemas alimentarios que requieran el mayor uso posible de los recursos locales; 5) desplazar los cultivos que requieran poca fuerza de trabajo por otros cuya necesidad de mano de obra sea superior; 6) transformar, en las mismas regiones rurales, una parte importante de la producción agrícola mediante la industrialización; 7) crear en esas regiones empleos industriales relacionados con la fabricación de insumos para la producción agrícola y con los bienes industriales de consumo corriente; 8) aumentar el empleo en servicios sociales vinculados con el desarrollo de la vida de los campesinos.

Todo esto supone una idea de la función del campo en el conjunto del desarrollo económico y social muy distinta a la prevaleciente hasta ahora. Empero, sin ese cambio fundamental de actitud y perspectiva, los problemas planteados no encontrarán solución posible.

Esas diversas medidas complementarias tendrán posibilidades de mayor o menor aplicación, según la situación de los diferentes países o regiones. Tal es el caso, por ejemplo, del aumento de las superficies cultivables y cultivadas. En la mayor parte de los países ya se han incorporado las mejores tierras. La posibilidad de aumentar dicha superficie dependerá, sobre todo (además de contar con las tierras adicionales de un mínimo de calidad), de factores tecnoeconómicos y sociales, tales como la disponibilidad de los recursos para realizar las inversiones necesarias para esta incorporación (regadío de tierras áridas o semiáridas, drenaje de suelos demasiado húmedos, regulación de los ríos, construcción de carreteras y otras obras necesarias de infraestructura); saber quién controla, y con qué fin, las nuevas tierras; si existe en el lugar una población apta para trabajarlas o si es necesario impulsar la emigración hacia ellas, etcétera.

Frente a las limitaciones para aplicar estas medidas en los países del Tercer Mundo, será posible en casi todas partes, en cambio, intensificar los cultivos que se practican en la actualidad, para obtener rendimientos por hectárea bastante superiores a los actuales. Ello requiere la adopción y la generalización de técnicas adecuadas a los diferentes cultivos. Tomemos dos ejemplos históricos para precisar esta posibilidad. En 1400 los rendimientos de trigo por hectárea en la

Gran Bretaña eran de 800 kg y hacia la mitad del siglo XIX, debido a varias mejoras tecnológicas, eran de 2 500 kg. Durante la segunda guerra mundial la necesidad de asegurar la autosuficiencia alimentaria frente a la inseguridad del aprovisionamiento exterior, impuso la utilización de técnicas mejores, de mayor aplicación de abonos, de variedades de ciclos más cortos, lo que permitió rendimientos medios de más de 4 000 kg por hectárea, que se mantienen hasta la fecha.¹³

Algo semejante ocurrió con el arroz en Japón. Dada la presión de su población, su gran consumo de arroz y la limitación de la tierra, Japón ha desarrollado técnicas que han conducido a un rápido aumento de los rendimientos medios. Estos han pasado de 42.5 quintales métricos por hectárea de 1948 a 1952, a 56.4 quintales en 1970, es decir, un aumento de 33 por ciento.

Podría decirse que ello fue posible en esos dos países porque son desarrollados y tienen las condiciones económicas y técnicas necesarias para el aumento rápido de la productividad agrícola. Empero, esto no es verdad, ya que en muchos países del Tercer Mundo ha sido también posible aumentar en forma importante los rendimientos medios, en períodos relativamente reducidos. De 1948-1952 a 1970, los de trigo se han superado así: en Chile de 11.9 a 16.9 quintales por hectárea (42% de aumento), en Colombia de 7.1 a 9.4 quintales (32%), en México de 8.8 a 28.4 quintales (222%), en Birmania de 2.9 a 7.5 quintales (158%), en la India de 6.6 a 12.1 quintales (83%), en Paquistán de 8.7 a 11.8 quintales (35%), en Tanzania de 5.6 a 8.6 quintales (53%) y en Kenia de 10.7 a 14.3 quintales (34%). Asimismo, los de arroz también se han superado en idéntico período: en Colombia de 19.3 a 29.7 quintales (54% de aumento), en Perú de 37.2 a 46 quintales (24%), en Kampuchea de 9.7 a 15.9 quintales (63%), en Formosa de 23.2 a 39.9 quintales (72%), en la India de 11.1 a 16.6 quintales (50%), en Indonesia de 16.1 a 20.4 quintales (27%), en Filipinas de 11.8 a 17.8 quintales (51%), en Vietnam del Norte de 12.5 a 20 quintales (60%), en Vietnam del Sur de 13.6 a 22.4 quintales (65%), en Senegal de 9 a 13.3 quintales (47%), en Guinea de 6.1 a 13.2 quintales (116%), y en Costa de Marfil de 5.1 a 13.6 quintales (166%).¹⁴ Respecto al maíz también se lograron resultados espectaculares durante el mismo período en numerosos países del Tercer Mundo (Chile, México, Birmania, la India, Filipinas, Sri Lanka, Tailandia, Costa de Marfil, Mali, Nigeria, Zambia, etcétera).

Los datos anteriores demuestran las posibilidades (si se utilizan las técnicas apropiadas para cada cultivo y en cada situación, que no son iguales en todas partes) de obtener un rápido aumento en los cultivos alimentarios, cuando se conjugan la voluntad política de los países interesados y la ayuda internacional para solucionar el problema. Empero, no debe olvidarse que deberán centrarse en una forma institucional de intensificación que no conduzca (tal como ha sucedido con frecuencia) a agravar las desigualdades en el

mundo rural. Por esa razón, los progresos tecnológicos y las reformas agrarias deben caminar conjuntamente.

Entre los adelantos tecnológicos será necesario conceder mayor importancia a los que aumenten la productividad sin disminuir el empleo (esta es la tercera medida indicada). Y aquí surge el problema de la mecanización de la agricultura en los países del Tercer Mundo, tema sobre el cual han girado interminables discusiones desde hace varios años, ya que tiene consecuencias bastante ambiguas, sobre todo cuando consiste, fundamentalmente, en la motorización de las tareas. Por una parte, sí permite aumentar las superficies cultivables así como las cosechas, sobre todo cuando los ciclos climáticos son breves e inciertos, regularizar el empleo en los momentos de crisis y aumentar de manera considerable la productividad de los trabajadores que la utilizan, la mecanización puede, por otra parte, desplazar simultáneamente a los trabajadores que, sin contar con otras posibilidades de empleo, reducirán considerablemente su productividad y su ingreso. Este desplazamiento de trabajadores ocurre sobre todo cuando la mecanización se introduce por vez primera en un cultivo o en una región, aunque puede compensarse si, coincidentemente con la mecanización, se pasa de un sistema de agricultura extensiva a otro más intensivo. Todo esto demuestra que deben estudiarse muy bien las consecuencias sociales y económicas de una mecanización que, si no existe una industria nacional de apoyo, aumenta la dependencia del país en materia de abastecimiento extranjero, con todas sus contingencias. En consecuencia, aunque no cabe duda de que es necesario cierto grado de mecanización para intensificar los cultivos en numerosos países del Tercer Mundo, dicho grado debe ser, en general, el mínimo compatible con otros avances tecnológicos que aumenten, sobre todo, los rendimientos por hectárea (abonos, variedad de granos de alto rendimiento y resistentes a las plagas y la sequía, riego, plaguicidas, etc.). Si se aplica con demasiada rapidez y se va demasiado lejos en la mecanización, se corre el riesgo de agravar los problemas de desempleo y subempleo, lo cual confirma la idea de numerosos expertos de que la mecanización de la agricultura debe ser muy selectiva en los países del Tercer Mundo.

La cuarta medida para aumentar la producción agrícola y, al mismo tiempo, el empleo rural, consiste en desarrollar sistemas alimentarios que permitan utilizar al máximo los recursos locales. En muchos países del Tercer Mundo existe actualmente la tendencia de copiar las modalidades de alimentación de los países desarrollados de Occidente. Ello se debe, en gran parte, a la ayuda alimentaria que crea hábitos nuevos, así como al "efecto demostración" de la sociedad de consumo occidental. Este tipo de alimentación, que resulta muy costoso, conduce al mismo tiempo a desprestigiar la alimentación autóctona, a veces de gran riqueza alimentaria, y cuya vigencia permite utilizar los recursos locales. El abandono de éstos, en cambio, influye negativamente en las posibilidades de aumentar el empleo. Esta tendencia se debe frenar de inmediato si se quiere resolver el problema alimentario de las masas y no crear una estructura de consumo que aumente las desigualdades sociales y económicas.

La quinta medida, reemplazar los cultivos que proporcionen poco empleo por otros cuya necesidad de mano de obra sea superior, ofrece también posibilidades en muchos

13. Para este ejemplo y los siguientes véase Ingrid Palmer, *Science and agricultural production*, Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social, Ginebra, 1972.

14. Datos del *Anuario de la producción mundial de 1970* de la FAO, obtenidos de la obra citada en la nota 13.

países, que se relacionan con el problema de la importancia relativa de los cultivos alimentarios con respecto a la agricultura de plantación. En general, los primeros, si no son extensivos y demasiado mecanizados, crean mucho más empleo que los segundos. Existe ahí una posibilidad interesante de aumentar el empleo rural, relacionada con la estructura de la producción agrícola y que merece un estudio más a fondo.

Finalmente, podemos decir que las tres últimas medidas, relacionadas con la industrialización hacia atrás y hacia adelante en las regiones rurales y con el desarrollo de la vida social en los campos de los países del Tercer Mundo, requieren una revisión fundamental del proceso actual de urbanización acelerada, que no es más que la consecuencia de la concentración industrial y de los servicios en las ciudades y de la penetración de la economía de mercado en los campos.

El problema de la pobreza rural está relacionado con el crecimiento de la población campesina frente al recurso tierra que no puede aumentar, por razones naturales y económicas, con la misma intensidad; empero, la pobreza se ha agravado en forma importante, ya sea por los sistemas tradicionales de tenencia (como en América Latina y Asia), ya sea por la penetración del mercado capitalista en el mundo rural. Ese mercado, que se centra fundamentalmente en las ciudades, conduce, por una parte, mediante la modernización de las explotaciones rentables, a acrecentar el número de campesinos sin tierra o con cantidades exiguas para lograr un mínimo nivel de vida y, por otra, a aumentar el desempleo rural a causa de la desaparición de actividades no directamente agrícolas, aunque esenciales en la vida rural. El artesanado rural tradicional, que ofrecía enormes posibilidades de empleo en el campo, tiende a ser desplazado a causa de la penetración de objetos industriales urbanos en el campo. Los diversos servicios que antes se realizaban en las pequeñas aldeas o en las comunidades rurales, tienden a concentrarse más y más en las ciudades medianas o grandes. Como dice acertadamente Jean Fauchon:¹⁵ "El paso de la economía tradicional de subsistencia a una economía de mercado crea deformaciones económicas, sociales y políticas que no podrían remediarse mediante una simple evolución. Se ha confirmado que el desarrollo de los sectores secundario y terciario no llega a los campos. En las ciudades se invierten y reinvierten los capitales cuando se trata de recursos provenientes de exportaciones de productos agrícolas (y, en este caso en particular, con frecuencia el producto de las ventas se queda en el extranjero). Salvo en el caso de grandes plantaciones o de industrias agrícolas modernas, el campo no recibe fondos de inversiones públicas o privadas; por habitante, la instalación de comercios, carreteras o teléfonos es más costosa en los campos que en las ciudades, lo que engendra algunas veces verdadero abandono de las zonas rurales alejadas".

Este fenómeno no es natural, sino consecuencia de un proceso histórico característico de la evolución económica de Occidente. De no erradicarse ahora en los países en desarrollo mediante una política vigorosa y a largo plazo

dirigida a establecer agroindustrias en el campo, a crear pequeñas industrias productoras de bienes de consumo corrientes, así como a urbanizar las aldeas pequeñas mediante el establecimiento de nuevos tipos de servicios indispensables al desarrollo de la vida rural, no vemos una posibilidad real de resolver el problema del desempleo, el subempleo y la miseria en los campos del Tercer Mundo. Más aún, si se tiene en cuenta el número actual de desempleados y subempleados y el aumento de la fuerza de trabajo rural en los próximos 25 años.

La elaboración y el desarrollo de una política que, al recurrir al conjunto de medidas mencionadas, sea capaz de aumentar el empleo productivo en las regiones rurales de los países subdesarrollados, debe ser otra obligación fundamental en un contrato de solidaridad para los gobiernos de los países del Tercer Mundo y para los gobiernos e instituciones que deseen aportar una ayuda positiva.

5) *Lograr que el mundo campesino participe activamente en el esfuerzo global del desarrollo mediante su capacitación y organización.*

Las instituciones asociadas (gobiernos, entidades internacionales y otras) deben comprometerse a que el mundo campesino, mediante una política apropiada de formación y de creación de posibilidades de organización, participe activamente en el esfuerzo de desarrollo rural. El desarrollo no se debe centrar sólo en los aspectos productivos de la agricultura, de la ganadería o de la producción forestal o piscícola, sino también en el conjunto de condiciones de vida del mundo campesino.

Eso implica, ante todo, partir de la realidad del mundo campesino tal cual es actualmente, con su propia cultura, sus valores propios, su antigua experiencia. Como se dice con acierto en un estudio sobre el mundo rural: "después de construir toda su teoría sobre la base de un *homo oeconomicus* abstracto al que declaran racional porque procura maximizar sus beneficios y satisfacer al máximo sus necesidades materiales, los economistas se sintieron muy desorientados al estudiar el comportamiento campesino. No obstante, en aras de la ciencia, resolvieron el problema de inmediato: se separó por un lado a los 'agricultores' (empresarios conscientes, organizados y modernos), y por el otro a los 'campesinos' (supersticiosos, ignorantes, conservadores; marginados, en suma, con relación al modelo impuesto), los que deberán, por tanto desaparecer dentro de poco. Empero, desafortunadamente esos marginados eran y continúan siendo la gran mayoría".

Debe aprenderse a conocer la "racionalidad" campesina, que se relaciona, entre otros elementos, con su experiencia histórica, con su dependencia de los factores naturales, su tradición de larga opresión social, y su necesidad de buscar, ante todo, la seguridad y de respetar el equilibrio de su ambiente.

Sólo a partir de esa realidad se puede emprender un esfuerzo de formación útil. Debe estar íntimamente rela-

15. Jean Fauchon, "La modernisation naturelle", en *Cérès*, núm. 58, Roma, julio-agosto de 1977.

16. *Réflexions nouvelles sur le développement rural*, colección de estudios y documentos, Ministerio de la Cooperación, diciembre, París, 1976.

cionado con un cambio social y económico benéfico para el campesino, puesto que en las sociedades subdesarrolladas el objetivo del sistema educativo es "contribuir a capacitar a los hombres para participar en el proceso de desarrollo... puesto que no se trata, tan sólo, de explicar el mundo, sino de transformarlo mediante una continua intervención en el contexto de las cambiantes condiciones reales de las fuerzas productivas y de las relaciones sociales".¹⁷

En forma paralela a este proceso, deberá facilitarse la organización del mundo campesino mediante modalidades cuyos procedimientos sean los más adecuados para cada caso, habida cuenta de la limitación de recursos humanos aptos para llevarla a cabo.

Dicha organización existe normalmente en las localidades y es, por lo general, apropiada para defender a los campesinos en condiciones muy difíciles de supervivencia o de opresión. Sin embargo, no existe en ámbitos más amplios, puesto que, junto con la ignorancia, constituye una de las condiciones históricas para mantener en la opresión a los campesinos. Esta situación deberá cambiarse mediante recursos jurídicos, institucionales y políticos, sin lo cual no se logrará que los campesinos se sientan partícipes y se beneficien. Esto no depende sólo de la administración, de los técnicos, de las fuerzas políticas y de las superestructuras sindicales, sino también, y fundamentalmente, de la organización de los propios campesinos. Lo lograrán si advierten que son los primeros beneficiarios. "Es necesario que sientan al alcance un nuevo mundo que abre perspectivas de desarrollo en todos los dominios y, principalmente, en el terreno del respeto; que sientan que la agricultura ha dejado de ser una manera de vivir desacreditada y miserable, que sientan que ya no serán siempre los últimos y que los esfuerzos provenientes de ellos mismos tendrán un propósito y representarán una esperanza".¹⁸

Este esfuerzo de desarrollo, realizado por los campesinos con el apoyo de la administración y de las fuerzas políticas y sindicales (y no a la inversa, lo que explica los fracasos tan frecuentes en la actualidad), debe abarcar no sólo los aspectos productivos, sino el conjunto de las condiciones de la vida rural. Todo debe caminar conjuntamente: la técnica, su aceptación social, el respeto del equilibrio natural, las posibilidades de organización, el ensanchamiento del universo cultural general, las nuevas relaciones políticas, la seguridad de la subsistencia en un nivel más alto de desarrollo, el cambio de las relaciones sociales de los grupos campesinos, los beneficios económicos concretos, el respeto de la sociedad. Se requiere, asimismo, desarrollar la industria en las propias regiones rurales, tal como se dijo, para resolver en forma global el problema del empleo en el campo.

En suma, es necesario no olvidar que los problemas de las masas campesinas del Tercer Mundo no se resolverán mediante la absorción de éstas en las ciudades. Tal ha sido,

hasta ahora, la política seguida o padecida como consecuencia de la concentración de los esfuerzos de desarrollo en las regiones urbanas. Esto ha conducido a atolladeros mayores cada día y es necesario reexaminar con profundidad semejante modelo de desarrollo. Es necesario reorientar hacia el campo el esfuerzo principal: sobre la base de la potencialidad de las diferentes regiones en recursos y en energía, debe actuarse, en forma simultánea, en el desarrollo de la agricultura y de los sectores secundario y terciario más relacionados con la vida rural. Solamente así podrá funcionar, con validez y eficacia, un contrato de solidaridad con los campesinos del Tercer Mundo.

CONCLUSIONES

Se examinó en primer lugar el efecto creciente de algunas nuevas ideas que nos parecen adecuadas para lograr el desarrollo rural.

Después se trató de los participantes en este desarrollo: los gobiernos de los países del Tercer Mundo, los gobiernos de los países industrializados y las instituciones (internacionales o nacionales, públicas o privadas) que brindarían ayuda, así como las mayorías campesinas de los países o de las regiones interesados en un esfuerzo de desarrollo.

Asimismo, en torno de algunos grandes problemas relacionados con *cómo hacer* y *por qué*, se analizaron los compromisos que deberán adoptar los participantes en un contrato de solidaridad, para que los campesinos del Tercer Mundo logren su desarrollo.

La tarea no nos parece sencilla. Se enfrenta a demasiadas fuerzas, demasiados intereses, demasiados privilegios que se agitan en el mundo actual en su contra y se benefician de la situación existente. Al mismo tiempo advertimos que los problemas se agravan día a día; en el campo no se resuelven los problemas; además de los millones de seres humanos que mueren de hambre cada año, otros millones huyen a las ciudades con la esperanza de encontrar el trabajo, la alimentación y las oportunidades sociales que no les brinda el campo. Los grandes centros urbanos no sólo son incapaces de resolver el problema, sino que cada día se vuelven más inhabitables. Los conflictos y las tensiones sociales y políticas aumentan sin que los responsables de los gobiernos acierten a dominarlos como no sea mediante la represión. ¿Hasta dónde podrá llevarse ésta sin que a su vez se vuelva incontrolable y recaiga sobre quienes la utilizan?

Tanto para los hombres como para las sociedades, la orientación actual de las políticas de desarrollo es falsa. Se habla mucho de *otro desarrollo*. No sólo hay que hablar de él, sino ponerlo en práctica. Aunque no pueden conocerse todavía todas sus características, cada día es más evidente su sentido general.

Otro desarrollo entraña un profundo desafío a la capacidad de los actuales dirigentes políticos, a la de los pueblos y de los grupos humanos. Y si éstos no se encuentran a la altura de las circunstancias serán, tarde o temprano, barridos por una historia que no han sido capaces de dominar. El contrato de solidaridad supone la voluntad de labrarse un destino propio. □

17. Louis Malassis, "Vers un humanisme technique", en *Cerès*, núm. 55, Roma, enero-febrero de 1977.

18. Jacques Dubois, *Les difficultés internes du développement rural dans le tiers monde et les moyens d'y remédier*, documentos del grupo de investigación y de realización para el desarrollo rural en el Tercer Mundo, núm. 1, París, 1975.